

Clavados

“La carne humana se ve apetitosa”, dice una médico que atiende casos de amachetamiento.

Un fervor filatélico.

Momento óptimo para una aparición: de noche, cuando se esparce por el rostro, en el espejo, la máscara cosmética.

Relación entre las líneas derechas de su caligrafía y lo recto del cuerpo en una cama anchísima.

Un traje de novia, una medusa.

Alza del precio de la cerámica en las ciudades bombardeadas.

Viejas bañeras en medio del campo convertidas en abrevaderos.

El número de figuras que aparecen en sus sueños y el número de autores que cita cuando escribe.

Cierra el paréntesis, cierra la cicatriz.

El ahínco con que las hormigas trabajan unas hilachas de langosta.

Esta paideia: cuentos de hadas y, en su relevo, pornografía.

Un abanico decorado con el asesinato de Trotsky.

Sueño en el que se entra a una librería en busca de una novela de centauros, igual que existen las novelas de vaqueros o de detectives.

Falta de piedad frente al mal gusto, pero también frente a la mala suerte.

Nombre para un personaje: Abrigaviento.

La secta de quienes quedan movidos en las fotos de grupo.

No recuperado de haber descubierto el sexo.

Un jardín de dunas.

Subir a un taxi con un libro de entrevistas con Douglas Sirk y recibir un tiro en la cabeza. El disparo venido de atrás.

Desnudos, con los pies enfundados por temor a una excitación no genital.

El incendio del barrio junto al río.

La novela antiinflamatoria.

Quien tuvo en la niñez un teatro de títeres y luego encuentra placer en las ruinas.

La nieve que cae dentro del patio de la cárcel.

Cavar una acequia, plantar unas moreras.

Reunidos en la biblioteca, acordar el divorcio. Volver allí para dividir los libros.

Voces, un gran silencio y sonido de hachas.

Cinco o seis días sin bañarse. Dos semanas sin tocar ningún dinero. —